



temas de hoy

Narrativa

329 g

59 788 palabras

Si no podemos viajar a la velocidad de la luz

Kim Cho-yeop



KIM CHO-YEOP
SI NO PODEMOS VIAJAR
A LA VELOCIDAD DE LA LUZ

Traducción de Joo Hasun

Título original: 우리가 빛의 속도로 갈 수 없다면 (*If We Can't Move at the Speed of Light*)

© Kim Cho-yeop, 2019

Publicado originalmente por EAST-ASIA Publishing Co.

La edición española se ha publicado por mediación con EAST-ASIA Publishing Co. a través de BC Agency, Seoul

Este libro está publicado con el apoyo del Instituto de Traducción Literaria de Corea (LTI Korea)

© por la traducción: Joo Hasun, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-9998-933-4

Depósito legal: B. 12.547-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Si no podemos viajar a la velocidad de la luz	9
¿Por qué no regresan los peregrinos?	41
Espectro	75
La materialidad de las emociones	103
Sobre mi heroína espacial	125
Ilocalizable	159
La hipótesis de la simbiosis	197
<i>Biografía</i>	233

SI NO PODEMOS VIAJAR A LA VELOCIDAD DE LA LUZ

La anciana, ya bien ubicada en un asiento cerca de la ventana, daba la espalda a la entrada de la estación y miraba hacia fuera. El hombre vaciló un segundo. Pensó si debía hacerse notar para no cogerla por sorpresa. La anciana se volvió y el hombre, automáticamente, saludó con una ligera reverencia. La mujer, tras mostrar una suave sonrisa, fijó de nuevo su mirada en la ventana. Será que no quiere hacer caso a nada, supuso el hombre. Perplejo, la escuchó hablar.

—Solo tengo zumo de naranja. Mi dispositivo de control médico me dice que no debo consumir más cafeína.

El hombre parpadeó. La anciana levantó el pequeño cartón de zumo que tenía en la mano.

—¿Quieres un poco?

—No, gracias. Me recomendaron una dieta baja en azúcar.

Al ver que contestaba riendo con afabilidad, insistió:

—También tengo zumo sin azúcar en mi nave privada, aunque sabe horrible.

Actuó como si nada, pero el hombre se sintió algo desconcertado por la primera impresión que se había llevado de esa mujer. Encima le hablaba de una nave privada. Frunciendo el ceño, se fijó en el pasillo que ella señalaba. Había que pasar por él para entrar a la sala de espera donde estaban. Al fondo se veía una luz verde, señal de que había una nave aparcada. Supuso entonces que la vieja nave que vio en su camino a la sala de espera le pertenecía. Para ser una nave espacial, era demasiado pequeña. Más bien parecía una lanzadera capaz solamente de realizar viajes entre la superficie terrestre y la órbita satelital sobre la que se encontraban.

Mientras el hombre se distraía por un rato con sus pensamientos, la anciana volvió a mirar hacia fuera. Sin decir nada, sorbió su zumo haciendo sonar el cartón casi vacío. Al terminar de beber, agitó el cartón antes de ponerlo sobre la silla de al lado.

La anciana estaba sentada justo enfrente de la ventana. Detrás de ella había una fila de bancos mullidos de cuero para cuatro personas, con asientos separados por un brazo de metal. Solo entonces el hombre se fijó en los detalles de la sala de espera. Imitaba vívidamente el vestíbulo de las estaciones de los medios de transporte ancestrales. Se acordó de la foto de una pequeña estación de tren de hace mucho tiempo que vio alguna vez. Pensó que alguien que hubiera estado en ese lugar percibiría un ambiente familiar en la sala de espera.

Al mirar a su alrededor, se percató de otros elementos como la frase «Horario para viajeros espaciales» escrita en lengua oficial sobre una de las paredes. Debajo estaban anotadas varias horas en renglones muy ajustados y en números borrosos difíciles de discernir. Por los logotipos que había, unos tres o cuatro, era posible deducir que se trataba de una

estación de uso compartido entre varias empresas de transporte. En una esquina del vestíbulo se situaba la ventanilla de información, donde un robot guía estaba parado al otro lado del separador de cristal. Sorprendentemente el robot seguía operando. Repetía los avisos de información básica con una luz titilando en la frente.

Otra de las paredes de la sala de espera era enteramente de vidrio, desde el suelo hasta el techo. Los satélites artificiales en órbita pasaban cada uno a su propia velocidad, mientras que la Tierra, azul y redonda, se veía como telón de fondo. El hombre se sentó sin decir una sola palabra al lado de la anciana, que miraba la Tierra. Ella parecía no darle importancia. Aun así el hombre no sabía por dónde empezar. Se acordó en ese momento del consejo que alguien le dio: debía prestar atención primero a la historia de la anciana porque si hablaba él antes que ella, podía fracasar en lograr su propósito.

—Disculpe. Usted...

—Llámame Anna.

—Ah... Anna. ¿Cuál es su destino?

La mujer respondió sin apartar la mirada de la ventana.

—Sistema planetario Slenfonia.

—Pero eso queda muy lejos...

—Por eso estoy aquí.

La anciana sacó algo de su pecho. Era un billete viejo cuyas esquinas estaban desgastadas, pero aparte de ello estaba bien preservado y casi sin arrugas. Se lo acercó a la cara. El billete permitía al portador viajar cualquier día, a cualquier hora y estaba indicado el destino: Planeta 3, sistema planetario Slenfonia.

—Me dijeron que las naves espaciales rumbo al Lejano Espacio salen de esta estación. Pero veo que hay más naves

para viajar a Espacio Próximo. De todos modos, este lugar es la única esperanza para personas como yo.

—Por lo que me dice, de aquí parten naves con destino a Slenfonia, ¿no? —preguntó el hombre en tono alegre.

Anna entrecerró los ojos y le contestó con otra pregunta, frunciendo el ceño:

—Y tú, ¿a qué has venido? No pareces un viajero. ¿Eres empleado de aquí?

El hombre se sobresaltó.

—Algo parecido, aunque le confieso que es la primera vez que estoy en esta estación.

—¿Cómo es posible eso?

—Es que soy personal subcontratado. Verá, solo alrededor de la Tierra giran una cantidad enorme de satélites artificiales y las empresas propietarias, para no liarse, subcontratan a agencias de mantenimiento. Y como trabajo pasando de una órbita a otra, es difícil recordar todas las instalaciones que tengo a mi cargo. Hoy estoy en esta estación, pero la próxima semana puedo estar en otra. Entonces usted tampoco estará aquí, ¿no?

Entretanto, dos satélites gigantes pasaron cerca de ellos.

—Hay cada vez más estaciones —comentó la mujer en voz baja como si hablara consigo misma.

—Tiene razón. Parece que aun transcurrido tanto tiempo desde que comenzara la colonización espacial, la Tierra sigue sobrepoblada.

El hombre se fijó en la reacción de la anciana. Guardaba silencio.

Su intención inicial era escuchar lo que ella tenía que decir, pero resulta que estaba hablando más él. Mirándola con disimulo y notando que tenía su vista fija en el paisaje exterior, el hombre metió la mano en su maletín, aunque

enseguida la retiró pensando que, si sacaba el terminal des-
cuidadamente, podía llamar la atención. Esperaba que la an-
ciana no tuviera el menor interés en él o en cómo se compor-
taba.

—¿Cuándo le dijeron que sale la nave con destino a Slen-
fonia?

—Eso lo sabrás tú mejor que yo, ¿no?

—No lo crea. Mi trabajo consiste simplemente en llevar
al día el inventario de equipos.

El hombre saludó con la mano al robot de la ventanilla.
El vestíbulo estaba limpio. «Quizá sigue funcionando el siste-
ma de limpieza automática», se dijo.

—Entiendo. Creí que venías a reparar eso.

La anciana señaló algo. El hombre se sorprendió de
nuevo. No se había percatado antes de la existencia de aque-
llo que señalaba. Enfrente de la ventana que daba a la Tie-
rra estaba parado un robot guía, similar al de la ventanilla
de información, pero la luz en su frente parpadeaba irregu-
larmente y si bien abría y cerraba la boca despacio, no emi-
tía sonido alguno. Más que descompuesto, estaba agoni-
zando.

—Ah... Un robot en ese estado... Lo reparo enseguida, no
se preocupe.

El hombre se levantó. Puso su maletín sobre una silla un
tanto alejada y se acercó al robot guía, que sin mucha fuerza
se apoyaba en la ventana. En realidad, no sabía nada de repa-
raciones de robots. Lo único parecido que había hecho era
reemplazar las baterías de los modelos para hogares. Sin em-
bargo, no le quedaba otra que intentar hacer algo. De la espal-
da del robot salía un cable de recarga tan largo que llegaba al
suelo, daba una vuelta al vestíbulo y se extendía hasta el sis-
tema de energía al lado de la ventana.

—No es sencillo.

El hombre quería a toda costa despertar al robot, aunque fuera por un minuto. Fracasó. No sabía qué hacer al ver que el cableado interno era claramente diferente al de los robots domésticos. No estaba seguro de si Anna lo observaba. Descompuso las partes del robot sin dejar de estar pendiente de la mujer y aprovechó para hacer una pregunta más:

—¿Por qué quiere ir a Slenfonia?

—Mi marido y mi hijo están en el Planeta 3.

—Tan lejos...

Cómo sería el sistema planetario Slenfonia, se preguntó. Antes se sabía de memoria los principales sistemas planetarios y las características de los planetas. Ahora apenas podía recordarlos. Anna aclaró su duda.

—El Planeta 3 es un lugar abundante en recursos e ideal para vivir. En un principio fue desarrollado para obtener minerales raros, pero con el tiempo mucha gente se mudó ahí para colonizarlo, tentada por las óptimas condiciones de vida que presentaba. Mi marido y mi hijo también se sumaron a esa fila de colonizadores, con el deseo de probar la vida en un lugar distinto a la Tierra.

—De ese lugar es originario el liquedat, ¿no?

Esa mención acerca de minerales raros hizo que el hombre se acordara del Planeta 3. También del liquedat. Era un mineral ya en desuso.

—Veo que lo conoces. Hubo una época en la que la gente se entusiasmó ante la posibilidad de construir ascensores espaciales usando ese mineral. Y cuando una nave tripulada partió por primera vez rumbo a Slenfonia, la noticia fue cubierta masivamente. Pero mira, aún usamos lanzaderas viejas. Estoy harta de tener la sensación de que algo presiona mis pulmones cada vez que vuelo en esa cosa.

Anna dirigió su mirada hacia la lanzadera que se veía por la ventana. El hombre ignoraba el momento en que la gente se había fascinado con los ascensores espaciales y si la conversación giraba en torno a algo que no conocía, era mejor cambiar de tema.

—Así pasa siempre con las nuevas tecnologías. ¿Puedo preguntarle por qué no fue con su marido?

—Preguntas demasiado.

Aunque fue por un segundo, se sintió intimidado al escuchar a la anciana decir eso mientras giraba el destornillador.

—No te pongas nervioso. Considero la curiosidad un símbolo de la juventud.

El hombre no era bueno induciendo a otros a compartir sus historias. Por eso le inquietaba pensar que sus preguntas pudieran disgustar a la anciana.

Por suerte y al contrario de su preocupación, Anna parecía no dar importancia a los caminos que tomaba la charla entre ellos. Es más, sacó un nuevo tema de conversación.

—¿Conoces la criogenia profunda?

—Por supuesto —respondió el hombre sin vacilar—. ¿No es una técnica de criogenización?

La criogenia profunda era una tecnología que revolucionó el congelamiento de cuerpos humanos. Sin embargo, en la actualidad se usaba poco, tan solo alguna vez se recurría a ella en la medicina.

—Sí. Más concretamente es una técnica de congelamiento que emplea el anticongelante beta y la nanorrobótica. Durante un tiempo, me dediqué a la investigación de criogenia profunda. De hecho, no sería exagerado decir que fui yo la persona que desarrolló las partes fundamentales de esa tecnología. Lamentablemente, la tecnología queda, pero los nom-

bres de los científicos que la hicieron posible son olvidados. Aun así, puedo afirmar que en esos tiempos era una científica bastante influyente. Es una de las pocas cosas de mi vida de las que me siento orgullosa.

El hombre, sin dejar de prestar atención a lo que decía, se fijó en el aspecto de Anna. Estaba tan descuidada que era difícil creer que hubiera sido una investigadora tan famosa.

—Apenas comenzaba la era de la colonización espacial. Ante la comercialización de métodos de navegación por curvatura y el éxito de las campañas de exploración desplegadas en diversos planetas, el Gobierno Federal ampliaba rápidamente su influencia en el espacio y la gente empezaba a soñar con una nueva vida en otros planetas. Mi marido y mi hijo no eran la excepción.

Al hombre le habían hablado en la escuela de ese periodo de la historia en el que era común la navegación por curvatura. La invención de esa tecnología marcó el punto de partida de una verdadera era de exploración espacial, que comenzó en una edad casi primitiva en la que la humanidad apenas viajaba a la Luna o a Marte, mientras que a lugares fuera del sistema solar solo enviaba sondas no tripuladas.

Las naves espaciales, si bien no alcanzaban la velocidad de la luz, podían viajar a otras galaxias más rápido gracias a burbujas de curvatura que distorsionaban el espacio-tiempo. Así fueron colonizados primero los planetas con abundantes recursos o con un ecosistema similar al de la Tierra, ubicados en los sistemas planetarios más cercanos.

—La criogenia profunda era entonces considerada una tecnología indispensable para avanzar a la siguiente fase de colonización espacial, ya que por mucho que disminuyera la distancia interplanetaria mediante la distorsión espaciotemporal, las naves espaciales seguían tardando bastante para

llegar desde la Tierra a otros sistemas planetarios. Los más próximos, aunque quedaban a unos cuantos años luz, incluían pocos planetas útiles para la humanidad, mientras que los lejanos se ubicaban a cientos de años luz, incluso a decenas de miles, por lo que recurriendo al método de navegación por curvatura el viaje tardaba demasiado. Aun suponiendo que alguien pudiera aguantar tan largo viaje, ¿cuántos crees que habrían podido mantener la cordura en una nave espacial sin nada con qué entretenerse y viendo por la ventana el mismo paisaje negro y desolado todos los días? Además, como todo humano tenía que comer y excretar, había que introducir en la nave gran cantidad de víveres y otros artículos de primera necesidad. De ahí nació la propuesta de implementar técnicas vanguardistas de criogenización, para poder enviar más seres humanos a más rincones del espacio, congelados.

—Y usted, ¿qué investigó exactamente? Porque supongo que la criogenia implica múltiples subtecnologías...

El hombre se dio cuenta de que nacía en él un interés sincero sobre lo que le contaba Anna. Ella tan solo se reía.

—Veo que conoces algo. La criogenización consta de tres etapas: congelamiento instantáneo del cuerpo humano a $-196\text{ }^{\circ}\text{C}$, mantenimiento estable del cuerpo congelado a una misma temperatura durante varios años y descongelamiento seguro sin causar daños en el cuerpo. Sin embargo, en aquellos tiempos la criogenización era una tecnología imperfecta, por lo tanto peligrosa, ya que en las tres etapas mencionadas había igual riesgo de que el cuerpo humano sufriera daños irreversibles. Lo más complicado era el tratamiento de los fluidos corporales. Los daños provocados en el proceso de congelamiento tenían que ver en su mayoría con esos, que al congelarse aumentaban de volumen y dañaban las células,

mientras que al descongelarse afectaban los tejidos del cuerpo pues variaban de volumen.

El hombre asintió con la cabeza.

—Yo estaba a cargo de la investigación sobre un compuesto líquido de materiales orgánicos, un anticongelante que pudiera reemplazar la sangre y los fluidos corporales. Debía ser inocuo al organismo humano y posible su uso tanto para el proceso de congelamiento como para el de descongelamiento. También había que analizar las dosis adecuadas para activar los nanobots y las enzimas artificiales de todo lo inyectado para minimizar los daños celulares. La tecnología para mantener el cuerpo a baja temperatura o sustituir los fluidos corporales por un compuesto líquido se desarrolló en un tiempo relativamente corto, sin embargo la creación de un anticongelante inocuo al organismo humano quedaba como tarea pendiente. Debido a que los anticongelantes entonces usados no podían prevenir al cien por cien los daños celulares, las veces que una persona podía someterse a una criogenización a lo largo de su vida se limitaban a dos.

—Al final, ¿tuvo éxito?

—¿Tú qué crees?

Al recibir como respuesta una pregunta el hombre bajó la herramienta con la que estaba reparando el robot. Anna sonrió.

—Mira, decidí quedarme en la Tierra para continuar con el desarrollo de anticongelantes. Lo hice por mi curiosidad de científica. También porque creía que de ese modo contribuía en algo al futuro de la humanidad, ya que la criogenia profunda no solo era necesaria para avanzar en la exploración espacial, sino que además era demandada en el sector médico. En esa época, aparecían por doquier métodos de tratamiento para nuevas patologías, y hasta las personas que pa-

decían una enfermedad mortal podían tener la esperanza de encontrar una cura después de permanecer congelados y despertar dentro de diez años, por ejemplo. Fue la edad de oro del intelecto humano.

Los ojos de Anna brillaban al hablar del pasado. El hombre hizo cálculos mentales para estimar a qué época se refería la anciana.

—Cuando mi marido y mi hijo decidieron mudarse a Slenfonia, mi investigación estaba por terminar. O al menos eso creí. Todos los días se publicaban nuevas tesis y la comercialización de la criogenia profunda era inminente. De modo que acordamos que mi marido, mi hijo y mi nuera hicieran primero el viaje a Slenfonia, para luego seguirles yo tras ultimar mi investigación. Estaba satisfecha con mi vida en la Tierra, pero también me ilusionaba la posibilidad de iniciar una nueva faceta en otro planeta. Además, Slenfonia ya era famosa por sus hermosos paisajes y se creía que la adaptación no era tan difícil, porque ya residía allí la segunda generación de colonizadores. Y como planeábamos instalarnos en ese lugar, pensamos que no sería mala idea que mi marido y mi hijo fueran antes para familiarizarse con el entorno. Lo que no anticipamos es que mi viaje se retrasaría tanto.

De repente, el tono de Anna se serenó. El hombre tragó saliva. Ansiaba escuchar más de su historia. Anna encogió una vez los hombros y prosiguió.

—A estas alturas me pregunto si, de anticipar el retraso, habría podido renunciar a todo e irme con ellos a Slenfonia. Aún no puedo responder a esa pregunta, si bien de nada sirve ya hacer suposiciones.

—En su lugar me habría sido igual de difícil renunciar.

—Ah, ¿sí?

Anna sonrió.

—De todos modos, el futuro estaba justo enfrente de mis ojos. Estaba convencida de que, si avanzaba paso a paso, la humanidad pronto podría viajar dormida a otras estrellas más lejanas y expandir su territorio y de que así podría llegar a dominar el espacio. Estaba llena de pasión y la curiosidad y determinación se mezclaban en mí de forma confusa. Nuestro proyecto se encontraba en la fase final. Solo quedaba resolver unos cuantos problemas menores. Pero ya ves, la vida es impredecible.

Cuando Anna interrumpió lo que estaba diciendo en esa parte, el hombre tuvo una sensación extraña.

—Supongo que estarás al tanto de lo que ocurrió después. Llegó la llamada Segunda Revolución de la era de la colonización espacial.

—Umm... no lo ignoro...

El hombre, tras pensar un rato, agregó:

—Fueron descubiertos los agujeros de gusano multidimensionales.

Anna se rio. Una risa que sonó un tanto amarga.

—Sí, eso es lo que pasó.

La navegación por curvatura, si bien permitió acelerar las campañas de exploración y colonización espacial, no dotó a la humanidad de una velocidad sin límite. Los viajes intergalácticos tardaban como mínimo unos meses, pero en algunos casos más de diez años. El problema era que el ser humano tenía un ciclo vital de unos cien años o un poco más, mientras que el periodo durante el cual podía trabajar y vivir activamente era mucho más corto, de apenas unas décadas. La criogenia profunda fue planteada en tal contexto como una alternativa y la casi única solución para acortar la brecha entre la finitud de la existencia humana y el espacio infinito.

Por supuesto, también había gente que abogaba por hallar nuevas posibilidades de navegación interestelar. Una de las hipótesis que defendían era la del agujero de gusano. Esa teoría comparaba el espacio con una manzana gigantesca y defendía la existencia de túneles multidimensionales, semejantes a unos agujeros hechos por gusanos, que podrían servir como atajos espaciales. En un principio, la idea de que a través de esos atajos sería posible viajar de un extremo del espacio a otro sin retrasos de tiempo sonaba demasiado irreal. Aunque a una escala muy pequeña la humanidad logró observar túneles multidimensionales, aprovechar esos agujeros de gusano a un nivel macroespacial parecía imposible. Por no hablar de que ya existía una excelente técnica de navegación llamada curvatura. Así, el interés inicial por dicha teoría se apagó momentáneamente.

El interés por los agujeros de gusano se reavivó más tarde por pura coincidencia, cuando las señales de una nave-sonda se extinguieron súbitamente y ningún sistema de rastreo pudo localizarla. La nave fue encontrada en el punto menos pensado, donde nadie imaginó, casi en el otro extremo del espacio. Un equipo de física, tras rastrear insistentemente las señales de la nave y analizar el momento en que se apagaron, descubrió que la radiación corpuscular de axión emitida por la nave con fines de investigación había activado un agujero de gusano. A raíz de ello comenzaron otros estudios relacionados, y la investigación sobre agujeros de gusano cambió el paradigma de la exploración espacial. Se revocó la teoría oficial de que los agujeros de gusano, por ser demasiado inestables, no interactuaban con objetos de gran dimensión como las naves espaciales, y con base en el caso de la nave-sonda desaparecida se desarrollaron diversas tecnologías para estabilizar esos túneles multidimensionales.

En el espacio existían ya incontables agujeros de gusano. La humanidad solo tenía que aprovecharlos para su propio beneficio.

—Presenciamos la transición de la primera a la segunda fase de la colonización espacial.

El hombre frunció el ceño ligeramente.

—Entonces ¿ya no siguió con su investigación?

—Sí. Seguí y nuestro proyecto finalizó con éxito.

Anna sonrió como si le hiciera gracia la reacción del hombre. Al fin y al cabo, la investigación sobre criogenia profunda no había de cancelarse de un día para otro, dado que no era una tecnología necesaria solamente para la navegación espacial. El hombre relajó el ceño fruncido.

—Mentiría si dijese que no me decepcioné. El interés por nuestra investigación mermó notablemente. Pudimos recibir astronómicas subvenciones porque la criogenia profunda era considerada la última esperanza para la colonización espacial, pero con el descubrimiento de los agujeros de gusano multidimensionales cambió el eje tecnológico en la navegación interestelar.

En los tiempos en los que nació el hombre, era difícil imaginar tan drástica revolución tecnológica. Eso se debía presumiblemente al sinnúmero de intentos y equivocaciones cometidas por generaciones previas, como la de Anna. La mujer dejó de hablar y se fijó en el robot enfrente del hombre, que estaba tan concentrado en lo que ella le contaba que olvidó que estaba reparando esa máquina. Mientras el hombre vacilaba viendo el robot cuya luz en la frente se hacía cada vez más tenue, continuó.

—De todas maneras, tenía que concluir la investigación. El sector médico seguía necesiéndola. Al tiempo que los líderes de la exploración espacial se abrían camino por cuenta

propia, nosotros debíamos terminar lo que estábamos haciendo. Pero surgió un problema.

La voz de Anna se debilitó.

—Debido a la pérdida de interés por parte del Gobierno Federal y de la gente, disminuyeron en gran medida las subvenciones. Aunque los recortes no fueron tan serios como para interrumpir la investigación, nos faltó presupuesto para recontractar a los técnicos y obviamente contamos con menos personal. El trabajo individual aumentó y se retrasó la finalización del proyecto. Eso no significa que lo dejásemos inconcluso. Como ya dije, el proyecto se encontraba ya en su última fase. Pero me sentía mal viendo que una investigación en la que había invertido tanto tiempo llegaba de ese modo al desenlace. Creo que por eso no me afectaron los retrasos en el calendario. Al fin y al cabo, faltaba poco para terminar y después de concluir el proyecto, tenía previsto viajar a Slenfonia para pasar allí, lejos de la Tierra, el resto de mi vida con mi familia.

Tras decir esta última frase, Anna se calló. Después de un breve momento de silencio, dijo:

—Entonces creía que las cosas ocurrirían tal y como había previsto.

El hombre intuyó que su cara inexpresiva ocultaba diversas emociones.

—El año cambió y transcurrieron varios meses. Debíamos presentar nuestra investigación en una conferencia científica, la más importante de esa época. Aunque nos vimos obligados a eliminar el subtítulo que habíamos dado al proyecto, «La última esperanza para la colonización espacial», nuestra sesión llamaba la atención. Mi plan era, una vez terminada la conferencia, firmar contratos pendientes de comercialización de técnicas de criogenia profunda y tomarme un mes de descanso para ordenar mi vida en la Tierra antes

de marcharme. Así llegó la víspera de la conferencia. ¿Puedes imaginar lo nerviosa que estaba? Había hecho muchas ponencias, pero esa noche me sentía más inquieta que nunca. En parte era comprensible, ya que iba a anunciar el resultado de una investigación que me tomó diez años concluir. Faltaban apenas unas horas para el momento de declarar que la humanidad finalmente contaba con una tecnología perfecta de criogenización. Ensayé frente al espejo y retoqué mi guion para la ponencia. En ese instante, sonó el teléfono. Era la secretaria administrativa.

—¿La llamaron la noche anterior a su ponencia? —preguntó el hombre.

Anna no respondió inmediatamente y cuando volvió a abrir la boca su voz se había teñido de una cierta amargura.

—Su voz denotaba urgencia. Me dijo que al día siguiente salía la última nave espacial hacia Slenfonia. Que, aunque sabía que tenía que asistir a la conferencia, no podía dejar de informarme de ello.

El hombre arrugó las cejas y preguntó:

—¿Cómo es posible? ¿Cómo suprimieron tan de repente el servicio de viaje? Por lo general, los planetas colonizados mantienen por largo tiempo lazos de intercambio con la Tierra, conforme a las leyes federales...

—Veo que no estás familiarizado con el concepto de Lejano Espacio.

El hombre calló, tratando de no poner cara de desconcierto.

—El Lejano Espacio es...

Anna clavó su mirada en el paisaje al otro lado de la ventana.

—¿Te he hablado de cómo el descubrimiento de agujeros de gusano cambió el paradigma de la colonización espacial?

—Sí.

—La transición tecnológica ocurre más rápido de lo que uno imagina. La navegación a través de agujeros de gusano presentaba muchas más ventajas que el método convencional de curvatura. Era mucho más rápida, más segura y más económica. Mientras que la navegación por curvatura tardaba más tiempo, además de consumir gran cantidad de energía en vista de que era necesario crear burbujas de distorsión espaciotemporal pasajeras y de limitado alcance alrededor de la nave espacial, en los viajes por agujeros de gusano solo había que pasar por esos túneles multidimensionales ya existentes en el espacio. Además, a un mismo coste era posible enviar naves hasta cinco destinos diferentes usando los agujeros de gusano, cuando mediante el método de desplazamiento por curvatura solo se podía realizar un solo viaje.

Así era. Por lo que el hombre tenía entendido, ya no había naves espaciales que operaban usando la técnica de curvatura.

—El problema era que los viajes por agujeros de gusano solo podían usar los túneles ya existentes en el espacio y no era posible construir otros nuevos. Por lo general, esta condición no suponía una limitación, máxime porque tras darse a conocer las maneras para estabilizar los agujeros, se descubrieron muchos. Así cambiaron drásticamente los viajes espaciales. Sin embargo, dicha condición sí sirvió como un factor limitante sobre los viajes a Slenfonia, un sistema planetario que quedaba en Espacio Próximo. Con la implementación de la navegación por curvatura empezó a considerarse como Lejano Espacio porque no había túneles para llegar a él, ni siquiera a algún punto cerca. En una era en la que los viajes espaciales no duraban más de un mes por muy largos que fueran y había incontables estrellas y planetas sin explorar a los que se

podía viajar a través de túneles ya existentes, ¿por qué enviar naves a un lugar al que solo era posible llegar navegando años y encima durmiendo en estado de congelamiento?

Entonces el hombre supo la razón por la que no había oído hablar de Slenfonia. Había estudiado sobre diversos sistemas planetarios y sus planetas, pero los libros solo describían Slenfonia como una colonia que antaño guardaba una enorme reserva de recursos.

—Tras hacer sus cálculos, el Gobierno Federal hizo el anuncio. Declaró que Slenfonia estaba lo suficientemente poblado como para mantenerse como un planeta-estado independiente, de ahí que no consideraba necesario enviar más naves espaciales a ese lugar. Además, esos viajes no eran económicos y requerían demasiada energía. Pero yo, por estar tan concentrada en mi investigación, no me enteré de la nueva clasificación de planetas considerados Lejano Espacio. Me quedé atónita.

Anna siguió hablando con calma.

—¿Qué podía hacer esa noche en el hotel? A la mañana siguiente tenía que asistir a una conferencia, en la que miles de personas estarían pendientes del resultado de mi investigación. Y yo no estaba preparada aún para mudarme a otro planeta.

Su voz sonaba serena, pero por cómo hablaba el hombre podía percibir la desesperación que debió de sentir ante esa situación.

—Eso no significa que me diera por vencida. Pensé en hacer todo lo que pudiera y decidí subirme a la lanzadera nada más acabar la conferencia para ir a la Estación Espacial. Incluso terminé mi ponencia antes de tiempo.

—¿Y salió como lo tenía planeado?

—No. Fracasé. Después de la ponencia, un mar de periodistas me rodeó. Escapé diciendo que no tenía tiempo para

responder a sus preguntas, pero el poco tiempo que perdí fue decisivo.

—...

—Fue todo tan dramático que podría ser material para una película o una novela, aunque siempre se llegaría a un mismo desenlace. Que fracasé.

El hombre ya se había olvidado por completo del robot guía que estaba reparando, que se apagó totalmente tras los últimos parpadeos de la luz en su frente. Anna detuvo su mirada por un instante en esa máquina inerte.

—Como yo, había un considerable número de personas que se quedaron en la Tierra después de perder la oportunidad de viajar y que se vieron forzadas a vivir separadas de sus familias y seres queridos. La Federación Espacial hizo caso omiso, alegando que decenas de planetas habían sido relegados a la categoría de Lejano Espacio debido a nuevos paradigmas tecnológicos y que no le resultaba rentable enviar a ese grupo minoritario a aquellos planetas. Sonaba a chiste. Y pensar que apenas unos años atrás había sido la Federación la que usaba solo métodos sin rentabilidad.

El hombre asintió y miró hacia la dirección a la que la anciana dirigía su mirada. En el techo del vestíbulo de la estación estaba escrita la siguiente frase: «Estación espacial para personas en espera.»

—Una organización civil se ofreció a ayudarnos. Sin embargo, le resultó difícil conseguir personal de cabina. Antes ese trabajo habría sido bastante atractivo, ya que implicaba realizar un viaje interestelar recibiendo un buen salario. Pero, al existir métodos de desplazamiento mucho mejores, nadie deseaba viajar invirtiendo tanto tiempo. Y aunque la tecnología de criogenización ya estaba perfeccionada, todos tenían familias con las que querían sincronizar su vida.